

en Eleusis, que le había dado hospitalidad, y donde pasa por tutora de Demofonte, hasta que reconociendo al fin los Eleusinos que es una diosa, le erigen un templo. En este templo se oculta la airada deidad, negando á los hombres sus dones, hasta que Zeus logra una transacción, en virtud de la que Cora, su hija, vivirá al lado de su madre dos terceras partes del año, y la otra tercera parte habitará con las Hadas ¹⁾. Reunida de nuevo con su hija, Demeter inicia á los Eleusinos en sus sagradas orgías, en recompensa de su hospitalidad.

No es posible desconocer en las numerosas expresiones de marcado colorido local que se encuentran en este himno, la mano de un poeta ateniense conocedor de las fiestas de Eleusis y de las ceremonias que en ellas se celebraban, aunque se pretenda que su autor no trata de invitar á sus oyentes á asistir á las fiestas eleusinas ó á tomar parte en los ritos de iniciación, cuando promete á los que á ellas concurren la bendición divina, y á los que no, una suerte funesta en el reino de las sombras ²⁾. Este poema encierra, pues, la antigua y sagrada leyenda de las Eleusinas en su forma más pura y primitiva, y revestida con las hermosas galas de la epopeya. Por las sucintas noticias que hemos expuesto puede juzgarse de la importancia que para la historia de la religión griega tiene indudablemente este himno, no conocido hasta el siglo pasado, y del cual se ha perdido una buena parte.

¹⁾ Esto está fundado en el ciclo de las fiestas atenienses. En las Tesmoforias, la fiesta de la siembra, imaginábanse á Cora debajo de la tierra; en las Antesterias, la fiesta de las primeras flores de primavera, que se celebraba cuatro meses después que la primera, imaginábase subiendo de los infiernos. Véase *O. Müller, *kl. deutsche Schriften*, vol. 2, p. 297.

²⁾ [V. 480 y ss. con los cuales debe compararse el *Fragm.* 719 de Sófocles en Dindorf, véase Plutarco, *Moral.*, p. 21, b.]

CAPÍTULO VIII

Hesiodo

Mientras que en las colonias eólicas y jónicas del Asia Menor la poesía heroica de los Griegos alcanzaba su mayor grado de desarrollo, merced al influjo de las más favorables circunstancias, la Grecia en general y especialmente la Beocia, á la cual vamos á conceder ahora especial atención, gozaba de tiempos menos felices. Las emigraciones, que cerraron la edad heroica de los Griegos, habían de llevar al seno de la metrópoli, ya poblada por numerosas tribus griegas y dividida en múltiples y pequeños Estados, profundas perturbaciones que debían encontrar eco aún en el seno de las familias; puesto que este país no podía ofrecer á los conquistadores las mismas facilidades para repartirse y para establecerse que encontraron en las costas del Asia Menor, *tierra virgen* aún en su mayor parte, los colonos griegos, y donde éstos sólo hallaron una débil resistencia por parte de los aborígenes bárbaros. Sucedió, pues, que una parte considerable de los *Beocios eólicos* que después de la guerra de Troya emigraron de la Tesaliótide y conquistaron la Beocia, abandonaron de repente su nueva patria, ya demasiado estrecha para ellos, y se unieron á los Aquéos, que arrojados por entonces del Peloponeso, se dirigían á Lesbos, á Tenedos y á las vecinas costas del Asia Menor, para fundar las colonias que universalmente fueron llamadas después eólicas, porque el nombre de los Eolios predominó bien pronto sobre el de los Aquéos. Pero mientras que en estas regiones del Asia Menor el brillante nacimiento y la prosperidad maravillosa de las ciudades, cuyos fundadores y reyes descendían de las más ilustres dinastías heroicas, imprimía poderoso im-

pulso al genio de la poesía y hacía mirar el destino del hombre á través del más risueño prisma, en Beocia, la comparación de los tiempos presentes con las edades pasadas inspiraba, por el contrario, los sentimientos más opuestos. Los lugares que otro tiempo ocupaban pueblos por tantas tradiciones famosos, y que habían sido señores de Tebas y de Orcomene, como los Cadmeos y los Minios, hallábanse ahora ocupados sólo por los Beocios eólicos, cuya mitología debía parecer pobre y poco elocuente al lado de las leyendas de sus predecesores. Ciertó es que los cantores homéricos, dejándose arrastrar sin duda por las creencias más generalizadas en aquella época, colocaron entre los conquistadores de Troya á los héroes de estos Beocios y no á los Cadmeos; pero ¡cuán poca importancia, carácter propio y poética realidad tienen aquel Peneleo y aquel Leito, comparados con los jefes de las huestes aqueas del Peloponeso y de la Tesalia! En la historia de Grecia, sino siempre, al menos las más veces se han cumplido las predicciones de la primitiva leyenda; así los Beocios se han mostrado en toda su historia un pueblo robusto y valeroso, cuyo espíritu no logró nunca dominar las naturales inclinaciones de la vida de la materia; tan lejano de las altas aspiraciones del genio dórico que lo somete todo al imperio de ciertas ideas que habían echado ya en él profundas raíces, como de la fina penetración y de la impresionabilidad del carácter jónico, pronto siempre á abandonarse con apasionado desinterés á nuevas impresiones. Pero en el sombrío cielo de la indiferencia de los Beocios brillan también luminosos astros: Píndaro, Epaminondas, y antes que ellos *Hesiodo*, con toda la serie de poetas que compusieron cantos á los cuales dieron su nombre.

Pero también Hesiodo, á pesar de su poderosísimo ingenio, es hijo cariñoso de su patria y de su época. De sus poemas, fiel trasunto de la vida beocia, podemos servirnos para completar el cuadro de ésta. Si antes de entrar en el estudio detallado de cada una de sus obras queremos, examinándolas en conjunto, determinar la impresión general que produce la poesía hesiódica, comparada con la que producen los poemas de Homero, veremos que en todas las obras de Hesiodo, lo mismo en las que han llegado íntegras hasta nosotros como en otras de que no podemos juzgar sino por fragmentos, se echa de menos aquella poderosa fantasía con que los poemas homéricos describen las grandezas

de la edad heroica y las más hermosas creaciones. Aquel abandono del pensamiento á un torrente de poéticas imágenes, aquel adormecerse, por decirlo así, entre las revueltas ondas de este torrente—pues ni el deleitable abandono ni la picante malicia eran ajenas, como ya hemos visto, á la poesía homérica—están muy distantes del estilo de Hesiodo, cuya poesía surge de las angustias y miserias de la vida, á la cual tiende á ennoblecer y á hacer menos gravosa. Contristado por la aciaga suerte del humano linaje, afligido por la depravación de la sociedad que destruye las alegrías todas de la vida, el poeta intenta difundir ideas religiosas acerca del poderío de un destino supremo, con objeto de despertar en el hombre una resignación tranquila ante males inevitables. Ya sienta máximas y sabias doctrinas encaminadas á restablecer el orden en un Estado político profundamente desquiciado ó en una familia mal gobernada, ya se ocupa en reducir la infinita y desordenada variedad de mitos religiosos á un sistema ordenado, en el cual asigna á cada uno de los dioses un lugar fijo. El poeta de esta escuela trata también de clasificar en grandes grupos las leyendas heroicas, con objeto de hacerlas más inteligibles y más claras ¹⁾. No se encuentra un solo pasaje en sus obras en que la poesía se presente como única aspiración del poeta, sino que domina en ellas en cierto sentido el interés práctico; ni puede negarse que esta circunstancia hace perder á sus cantos gran parte de su mérito, aunque por otro lado, compensan esta pérdida la bondad de su fin, las bellezas de la exposición y la habilidad é ingenio del poeta.

Con este cuadro de la poesía hesiódica, concuerda perfectamente la manera cómo el mismo Hesiodo, según sus propios poemas nos dicen, fué iniciado en la profesión de poeta. Encuéntrase el relato de este hecho en el proemio de su *Teogonía* (versos 1 á 35), y debe ser antigua tradición, porque á él alude tam-

¹⁾ [La acerba crítica que Bernhardt, *gv. Litteratur*, vol. 2, 1, p. 303, hace de este pasaje del texto, solo podría ser considerada como justa si la opinión de Pausanias 9, 31, 4, según la que los Trabajos y Días es el único escrito auténtico de Hesiodo, fuese incontestable. Pero áun prescindiendo de que Pausanias no aduce ningún argumento en su abono, pues no puede considerarse como tal, el ser aquella creencia tradicional entre los Beocios del Helicon, carece en absoluto de eficacia para invalidar la opinión corriente representada por Jenófanes, Heráclito, Heródoto, Platon y Aristóteles, y adoptada ó seguida en lo esencial por los críticos alejandrinos.]

bién en los Trabajos y Días (verso 659). Las *Musas* que, según creencia general entre los Griegos, habitaban en el Olimpo, en la Pieria, solían también visitar, dice el cantor beocio, el Helicon, que igualmente les estaba consagrado, y después de bañarse en una de sus fuentes y de bailar en la cima del monte, recorrían los alrededores durante la noche cantando á las sublimes divinidades del Olimpo y á los primeros seres del universo. En una de sus nocturnas expediciones, en un valle al pie del Helicon, encontraron á Hesiodo que guardaba sus rebaños, y le enseñaron el hermoso arte de la poesía, diciéndole antes estas palabras (versos 26 y ss.): «Oh pastores rústicos, ineptos y esclavos sólo del vientre: sabed que aunque á menudo nos complacemos en hacer pasar por verdaderas muchas cosas que son falsas, podemos también decir la verdad cuando nos agrada.» Dichas estas palabras, las Musas consagraron á Hesiodo, entregándole una rama de laurel, emblema que los aedas beocios tenían siempre en la mano mientras recitaban poemas. Este discurso de las Musas es notable, porque en primer lugar nos enseña que el genio poético es un don de que también puede participar el hombre grosero é inculto, al cual saca de la ignorancia brutal para elevarle á una vida mejor; y porque en segundo lugar, enseña que este don de las Musas debe consagrarse á la proclamación de la *verdad*, con lo cual el poeta parece como que quiere anunciar el elevado asunto y el carácter de su poema teogónico y moral, no sin dirigir una tácita acusación á otros poetas que se dejan arrastrar por su rica fantasía.

Pero por muy bella y muy importante que sea esta narración, es indudable que la poesía hesiódica no ha podido ser sólo el resultado de una inspiración divina, sino que debe estar enlazada con otras formas de la poesía épica anteriores y contemporáneas. De una parte, como hemos visto ¹⁾, el *culto á las Musas*, importado á estas regiones por las tribus pierias de las comarcas del Olimpo, había echado en ellas desde los más antiguos tiempos, y con él la música y la poesía, fuertes y profundas raíces. Empleábanse una y otra muy especialmente en la composición de himnos á los dioses, para lo cual ofrecía múltiples ocasiones la Beocia, comarca tan rica en antiguos santuarios y donde tanto abundaban las ceremonias religiosas y los ritos simbólicos. *Ascra*

¹⁾ [Véase Cap. III, p. 50.]

misma, según los poemas épicos citados por Pausanias ¹⁾, había sido fundada por los Aloides, héroes pierios que antes habían ofrecido sacrificios á las Musas en el Helicon. Que Hesiodo vivía en Ascra, nos lo dice él mismo en sus Trabajos y Días (verso 640), testimonio que confirman varias noticias históricas cuyo conocimiento debemos á otro escritor beocio, Plutarco ²⁾. Ascra había sido destruída en tiempos remotos por sus poderosos vecinos los Teéspios, y los Orcomenios habían recibido en su ciudad á los fugitivos de Ascra; después, por orden del Oráculo, se trasladaron á Orcomene los restos mortales de Hesiodo; y cuando fueron halladas las que se creyeron cenizas del gran poeta, se les erigió en dicha ciudad una tumba cuyo epitafio, escrito por Chersias, épico beocio, le proclamaba el más sabio de todos los poetas ³⁾.

De otra parte también, el comercio activo que los Beocios mantenían con sus congéneres de las *costas eólicas* del Asia Menor, y el vuelo que había tomado la poesía en aquellas comarcas, contribuyeron probablemente á estimular á los poetas beocios á emprender nuevas composiciones. No hay motivo alguno para poner en tela de juicio el testimonio de Hesiodo cuando en los Trabajos y Días (verso 636), dice que su padre se había trasladado de Cumas, en Eólida, á Ascra; y la razón que le movió á escoger á Ascra por habitual residencia, no debió ser otra que la memoria que se había conservado del antiguo parentesco de los colonos eolios con este pueblo de la metrópoli, y de que se hablaba aún en la época de la guerra del Peloponeso ⁴⁾. No se dice que el padre de Hesiodo fuera un poeta de Cumas, sino que se habla de él como de un navegante que después de repetidos viajes habíase al fin establecido en Ascra. Ahora bien; estos colonos que se trasladaban á la metrópoli debían extender en ella la fama de la

¹⁾ [9, 29, 1, Véase O. Müller, *Orchomenos*, p. 89, 381, 329 (83, 374, 380 de la 2.^a edic.)]

²⁾ [En su comentario á los Trabajos y Días de Hesiodo, Fragm. 35 de Dübner.]

³⁾ [Pausanias 9, 38, 10. Aristóteles, *Append. Proverb.* 4, 92, citaba como epitafio de Hesiodo, un dístico que Suidas y otros han atribuído á Píndaro. Véase Bergk, *Poetae Lyrici*, p. 383 de la 3.^a edic. Acerca de la muerte de Hesiodo existían en la antigüedad varias versiones. Véase sobre esto á Nietzsche, en el *rhein. Museum*, vol. 28, p. 222 y ss.]

⁴⁾ Véase Tucídides 3, 2. 7, 57. 8, 100.

poesía heroica, que por entonces florecía en las colonias. Los antiguos alegaron esta remota relación entre ambas escuelas poéticas para probar que existía entre Homero y Hesíodo un vínculo estrecho de parentesco. Ya los logógrafos—nombre que se da á los historiadores anteriores á Heródoto,— como Helánico, Ferécides y Damasto ¹⁾, barajando en eternas genealogías varios nombres hijos de la tradición, hicieron descender á ambos poetas de un tronco común. Así, por ejemplo, Apelis (llamado también Apeles y Apeleo) había tenido dos hijos, Meon, supuesto padre de Homero, y Díos, quien según una antigua interpretación, reputada errónea, de un verso de los Trabajos y Días, pasaba por padre de Hesíodo ²⁾.

No queremos sostener con esto en manera alguna la opinión de que la poesía hesiódica no es más que una rama de la homérica trasplantada á la Beocia y que á ella deba su lengua, su estilo y hasta su versificación. Por el contrario, la opinión más generalmente admitida en la antigüedad consideraba á Hesíodo y á Homero como contemporáneos, y tal precisamente creía Heródoto (2, 53), según el cual vivieron cuatro siglos antes que él; por regla general Hesíodo es antepuesto á Homero, como se ve, entre otros pasajes, en el que acabamos de citar de Heródoto; Jenófanes de Colofon es, de entre los escritores que conocemos, el primero que afirma que Hesíodo fué posterior á Homero ³⁾; mientras que por el contrario, Eforo, el historiador de Cumas, y muchos otros se esforzaron por probar que Hesíodo era más antiguo. De todas suertes, los Griegos de aquellos remotos tiempos nunca creyeron que Homero hubiera formado la lengua épica en Jonia, ni que Hesíodo se la hubiese apropiado empleándola en cantar asuntos de índole diversa. Lejos de esto, debieron profesar la opinión—que las investigaciones de los tiempos modernos han confirmado—de que este dialecto épico era la lengua gene-

¹⁾ [Proclo, *Vita Homeri*, p. 25 de la edic. de Westermann. Con más extensión habla de esto Eforo, en el Pseudo-Plutarco *de Vita Homeri* c. 2, donde para honrar, sin duda, á Cumas, su ciudad natal, presenta á Homero y á Hesíodo como nacidos en ella. Véase Cap. IV, p. 65.]

²⁾ Verso 299: Ἐργάζεω, Πέρση, Δίον γένος—

³⁾ En Gelio, *Noct. att.* 3, 11. Jenófanes, el fundador de la escuela de Elea, que floreció hacia la 70.^a Olimpiada, era al mismo tiempo poeta épico. En su *κτίσις Κολοφώνος* pudo encontrar, sin duda, más de una ocasión para hablar de Homero, á quien los de Colofon llamaban su conciudadano. Véase Cap. V.

ral de la poesía y de la civilización en el continente helénico, antes de que se fundaran las colonias del Asia Menor. Además este dialecto es en el fondo el mismo en ambas escuelas de cantores; y sean cualesquiera las diferencias que, examinándolos detalladamente, se encuentren entre ellos, no sería difícil demostrar que la lengua de los antiguos cantores tomó entre los Beocios no poco del dialecto primitivo de éstos, que no era sino un eolismo que se aproximaba mucho al dialecto dórico ¹⁾. Ni tampoco se sabe que los Griegos antiguos creyeran que ambos poetas se copiaban mutuamente las frases, los epítetos y las expresiones proverbiales que aparecen en las obras de uno y otro, porque todas ellas parecen derivadas de la fuente común de una poesía primitiva; y si hemos de juzgar por las noticias de los antiguos y por el tono general de la poesía hesiódica, los proverbios y locuciones de la antigüedad más remota se han conservado en Hesíodo, en toda su sencillez y pureza ²⁾.

A la opinión de que Hesíodo imitaba la forma de los poemas de Homero, se opone también la diversidad profunda que existe entre el espíritu y la índole de ambos géneros de poesía épi-

¹⁾ Así Hesíodo abrevia frecuentemente la desinencia *ας* en el acusativo de plural de la primera declinación, como Alcman, Estesícoro y Epicarmo. También se ha observado que solo aparece larga donde la sílaba está en el arsis. [En el Escudo de Heracles no se encuentra ningún ejemplo de esto. Véase Förstemann, *de dialecto Hesiodica*, Halle, 1863, p. 13.] En Hesíodo domina generalmente la predilección por las formas breves, á menudo también por las formas sincopadas y contraídas, mientras que, por el contrario, Homero parece como que se complace en multiplicar las vocales.

²⁾ Así el verso 370 de los *Trabajos y Días*: Μισθός δ' ἀνδρὶ φίλῳ εἰρημένος ἄρκιος ἔστω, era atribuido al antiguo rey de Trecenia, Piteo, sabio de los tiempos primitivos (Aristóteles en el *Teseo* de Plutarco 3). El sentido de este verso, según Buttman, sería: «el salario debe ser firmemente concertado con el amigo.» Homero emplea la locución más breve: μισθός δέ οἱ ἄρκιος ἔσται. — También debe remontarse á la más alta antigüedad la locución hesiódica: Ἄλλὰ τίη μοι ταῦτα περὶ δρυὸν ἢ περὶ πέτρην; (Teogonía 35) que se relaciona con la homérica; Οὐ μὲν πως νῦν ἔστιν ἀπὸ δρυός οὐδ' ἀπὸ πέτρης τῷ βαρζέμεναι (Iliada 22, 126), y con Οὐ γὰρ ἀπὸ δρυός ἔσσι παλαιφάτου, οὐδ' ἀπὸ πέτρης (Odisea 19, 162). En todos estos versos la encina y la roca representan la sencilla vida del campo de los autóctonos griegos, que se creían nacidos de sus montes y de sus selvas, y cuyos pensamientos giraban, en su inocente sencillez, en torno de estos objetos. El verso con el cual Hesíodo termina la descripción de la escena de los pastores que duermen al lado de sus rebaños, se asemeja á un dicho de los antiguos bardos pierios entre los Pelasgos. [Véase Preller, *verm. Aufsätze*, p. 179-180.]

ca. Á las observaciones que ya hemos hecho sobre este punto, agreguemos otra consideración que pone de manifiesto cuán poco se sujetaba Hesiodo á las reglas de Homero. De entre todas las formas que en las diversas épocas ha revestido el arte poético, la poesía homérica es la que posee en mayor grado lo que los modernos llaman *objetividad*, es decir, el completo abandono del espíritu del poeta al asunto que trata, sin que para nada en él se mezcle la conciencia de las condiciones individuales, del estado y de la posición del sujeto. La mente de Homero se agita en una esfera de pensamientos é ideas sublimes muy apartada de las preocupaciones y necesidades del presente, y que indudablemente está más en armonía con el perfecto y nobilísimo estilo de la poesía épica. Hesiodo, por el contrario, jamás pretendió remontar tanto su vuelo, y lejos de esto, nos describe su vida privada y nos hace sentir su estrechez y sus privaciones. Ciertamente sería error craso, trasladando á aquellos tiempos primitivos costumbres de poetas posteriores, el considerar cuanto el autor nos refiere acerca de su propia vida, como pura invención que le hubiera servido de pretexto para exponer y desarrollar sus poéticas concepciones. El tono ingénuo y natural con que el poeta habla á su hermano Perses, clama, por otra parte, contra semejante suposición; y el plan mismo del poema *Trabajos y Días* sería incomprendible si no se admitiese que lo que en él narra Hesiodo, es fiel trasunto de la realidad ¹⁾.

Este poema, único que los Beocios, según Pausanias ²⁾, reputaron obra auténtica de Hesiodo, y con el cual debemos dar comienzo al examen de las varias epopeyas de esta escuela, está de tal modo plagado de acontecimientos y detalles comunes de la vida, que de ningún modo podríamos figurarnos á su autor un cantor de profesión, como los antiguos llamaron á Homero, sino como un agricultor de la Beocia, en cuyo ánimo habían ejercido poderoso influjo ciertas circunstancias excepcionales y tristes, y cuyas ideas y sentimientos toman naturalmente una forma poética. Ya hemos dicho que el padre del poeta se había establecido en Ascra, y dedicándose al cultivo de la tierra; y aunque el clima era poco propicio, pues hacía allí excesivo calor durante el verano y un frío intenso en el invierno, al morir había dejado á sus

¹⁾ *De diverso modo opina Fr. Ritter, *op. cit.*, p. 135.

²⁾ [9, 31, 4.]

dos hijos, Hesiodo y su hermano menor Perses, una fortuna considerable. Repartiéronse los hermanos la herencia; pero Perses, ganando á los reyes, que eran en aquella época los únicos que administraban justicia, logró despojar á su hermano, mostrando inclinaciones que más tarde adquirieron gran incremento entre los Griegos; en efecto, en vez de dirigir el arado, prefería asistir en la plaza pública á las contiendas de derecho, y meditar intrigas para apoderarse de los bienes de los demás. De esta suerte, llegó un día en que, habiendo disipado su herencia, á cuya obra coadyuvó también probablemente una esposa pródiga, amenazó á su hermano mayor con un nuevo pleito, disputándole lo poco que le había sido adjudicado en la primera partición, ya tan desigual. En esta situación, Hesiodo, dando rienda suelta á su pensamiento, compone su poema, cuyos puntos más capitales vamos á exponer con el exclusivo objeto de hacer resaltar la estrecha relación que entre su obra y el medio en que vivió el poeta existe ¹⁾.

«Dos son las clases de contiendas,» comienza el poeta: «la una odiosa y reprehensible: la guerra y el litigio; la otra noble y laudable: la emulación de los artesanos y de los artistas. Evita la primera, oh Perses, y no intentes arrebatarme lo que me pertenece, valiéndote de la injusticia de los jueces; antes bien, contentate con lo que adquieras honradamente por medio de tu trabajo. Los dioses han hecho de la vida una carga para los hombres, cuando para castigar á Prometeo por haber robado el fuego sagrado, enviaron á Epimeteo, á Pandora de cuya caja salieron las calamidades todas que afligen á la humanidad. Encontrámonos ahora en la quinta edad, en la edad de hierro, en que el hombre está destinado á luchar sin descanso contra la miseria y las fatigas.

»Pero ahora quiero contar al juez la fábula del halcón, que devora al ruiseñor sin cuidarse de sus dulces trinos. Únicamente puede prosperar y florecer bajo la protección de los dioses la ciudad en que se practica la justicia; á aquella en que se cometen iniquidades, Zeus envía el hambre y la peste. Sabed, oh jue-

¹⁾ Paso en silencio el breve proemio á Zeus, rechazado por casi todos los críticos antiguos, porque, según todas las probabilidades, no es más que uno de tantos exordios con los que los rapsodas hesiódicos podían comenzar la recitación de los *Trabajos y Días*.

ces, que los innumerables inmortales á quienes Zeus ha confiado el cuidado de la humanidad, y la penetrante mirada del padre de los dioses, os observan. A los animales, los dioses dieron la ley de la fuerza; á los hombres, la ley de la justicia.

» La capacidad, oh Perses, no se adquiere sino con el sudor de la frente. El trabajo agrada á los dioses, y no es infamante. Sólo lo que se adquiere honradamente asegura una prosperidad durable; guárdate de cometer actos injustos; honra á los dioses; rodéate de buenos amigos y vecinos; no te dejes arruinar por una mujer pródiga; procura tener una descendencia numerosa, pero no excesiva, y vivirás tranquilo y feliz.»

Con estas y otras máximas análogas, algunas de las cuales son más de utilidad práctica que nobles y generosas, termina la primera parte del poema, encaminada á reformar el carácter y sentimientos de Perses, distrayéndole de la manía de enriquecerse por medio de los litigios, y exhortándole al trabajo, única fuente de prosperidad durable. Las narraciones míticas, las fábulas, las descripciones, las sentencias y proverbios, hábilmente combinados, dan nueva eficacia y mayor fuerza á la idea principal de la obra.

En la segunda parte del poema, enseña Hesiodo á Perses cómo debe pasar de unos trabajos á otros, si se decide á seguir el camino que le traza. Observando la natural sucesión de las estaciones, comienza por la época á propósito para arar y para sembrar, é indica los instrumentos que han de utilizarse en estos trabajos: el arado y los bueyes. Luego expone la manera cómo un labrador inteligente puede emplear en su casa el invierno, en que se hallan suspendidas las labores del campo. A este propósito hace una descripción de las tempestades y del frío del invierno en Beocia, descripción que muchos modernos reputaron exagerada y extemporánea, y cuya autenticidad ha sido puesta en duda. Al comenzar la primavera, dice, ha de empezarse á preparar y podar las vides, y al salir las Pléyades (en la primera mitad de nuestro mes de Mayo) debe segarse la miés. Continúa el poeta explicando cómo debe aprovecharse el tiempo cuando entra la época de los grandes calores, después de trillado el grano. La vendimia, que precede inmediatamente á la siembra, cierra el círculo de estas ocupaciones rurales.

Pero como el objeto del poeta, más que encomiar los encantos de la vida del campo, es indicar los medios que á su alcance

tiene el agricultor de Ascra para enriquecerse honradamente, después de haber agotado toda la materia en punto á la agricultura, trata con minuciosidad de la navegación. Gracias á este relato, sabemos que el agricultor beocio, en tiempos de Hesiodo, trasportaba en naves el sobrante de su recolección de vino y de grano, á comarcas menos ricas en estos productos. Sin duda, el poeta no hablaba aquí de otra clase de comercio, porque de lo contrario, habría dado más detalladas noticias acerca de los productos exportados, y habría indicado los medios por los cuales un agricultor como Perses podía proporcionárselos. Para emprender estos viajes por mar, Hesiodo recomienda la última parte del estío, hacia el quincuagésimo día después del solsticio de verano, en que, terminados ya los trabajos agrícolas, el tiempo era también más seguro en los mares de Grecia.

Todas estas prescripciones y todos estos consejos concernientes á las labores, interrumpen, á veces demasiado bruscamente, la exposición de las máximas para el buen gobierno de la familia ¹⁾. Luego habla el poeta de la edad en que conviene contraer matrimonio é indica cómo debe escogerse esposa. Sobre todo, recomienda después que se tenga siempre presente en la memoria que los dioses inmortales ven las acciones de los hombres; que en el trato social se abstengan todos de pronunciar palabras inútiles y ofensivas, y que se conduzcan con el más exquisito tacto aun en las ocupaciones más vulgares. Al mismo tiempo expone muchos curiosos preceptos, que de un lado recuerdan las reglas sacerdotales concernientes al decoro que debe observarse en los actos todos del culto, y de otro las prescripciones simbólicas de los Pitagóricos, los cuales atribuían excepcional importancia moral á muchas acciones indiferentes de la vida.

La última parte del poema es de índole muy semejante á la primera. En ella trata el poeta de los días en que conviene ó no emprender tal ó cual negocio. Estos preceptos, que se refieren, no á estaciones determinadas del año, sino al curso de cada mes lunar, son extremadamente supersticiosos, y en su ma-

¹⁾ Adelantaríamos mucho si fuera posible colocar los versos relativos al matrimonio (695 á 705 de la edic. de Göttling) delante de *Μουνογενής δὲ πάϊς εἴη* (verso 376). En este caso todas las máximas que se refieren á los vecinos, amigos, esposa é hijos, estarían expuestas antes de los trabajos agrícolas, y todas las siguientes reglas de economía doméstica se referirían á la sentencia: *Εὖ δ' ὕπν' ἀθανάτων μακάρων πεφυλαγμένους εἶναι* (verso 706).